



En pleno conflicto y con los caminos cortados, los civiles quedaron atrapados sin tener donde ir.

hacerse acompañar por guardias armados, ha permitido que los delegados expatriados puedan desplazarse con relativa libertad por la región y estar presentes en Ingushetia. Actualmente, Pierre Reichel y sus compañeros van varias veces por semana a Nazran para reunirse con sus colaboradores locales. Incluso se ha acostumbrado a la presencia de los policías. “Me llevó algún tiempo comprender que no soy yo que debo ver lo que hacen, sino ellos que no deben perderme de vista”, explica. Cuando inspecciona la reconstrucción de los lugares de distribución de agua instalados cerca de los vagones de tren donde viven las personas desplazadas

cerca de Karaboulak, la verdad es que no hace mucho caso de sus ángeles de la guarda. Lo único que le interesa es encontrar un lugar para las duchas que se ha previsto instalar cerca del campamento. El conflicto se eterniza y el problema de la higiene cobra una importancia vital. Lo curioso es que los chechenos que llegan a hablar con él no están asustados por la presencia de hombres armados. Se han acostumbrado desde hace mucho tiempo, demasiado, a todo tipo de milicias. Además, saben perfectamente que los extranjeros corren peligro y tienen que protegerse. Las autoridades de Ingushetia consideran un deber interceptar a todo

extranjero que llega a su territorio, ya se trate de periodistas o miembros de organizaciones humanitarias, para asignarles guardaespaldas. A pesar de los riesgos, esta presencia internacional sigue siendo necesaria.

Felizmente, no habrá una catástrofe humanitaria como la que habían previsto las autoridades inguchas cuando tuvieron que hacer frente a la enorme cantidad de civiles chechenos, apiñados frente a los puestos de control de la república. Aún así, los problemas siguen siendo graves y numerosos. Muchos refugiados padecen de pulmonía y de tuberculosis.

El éxodo

Para huir de su suerte y de la miseria de los alojamientos provisionales y atestados, un número cada vez mayor de personas desplazadas dirige la mirada hacia otras regiones de Rusia donde viven familiares. La región de Stavropol, en particular, recibe a muchos chechenos, lo que crea nuevas dificultades. Para asistir a estas víctimas desplazadas y dispersas de la guerra de Chechenia, la Cruz Roja Rusa y la Federación Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja han creado una red de puntos de distribución en las regiones limítrofes de la zona de conflicto; dicha red forma parte del programa de la

Más allá del conflicto

Más de 250.000 personas huyeron del conflicto de Chechenia hacia otras regiones de la Federación de Rusia en búsqueda de protección. La Cruz Roja Rusa, apoyada por la Federación Internacional, presta ayuda de urgencia, orientación psicosocial, asesoramiento jurídico y servicios médicos en el ámbito del Programa de movimiento de población destinado a miles de familias rusas desplazadas por la guerra o víctimas del derrumbamiento social y económico del país.

La Cruz Roja Rusa con ayuda de la Federación estableció puntos de acogida para registrar y ofrecer asistencia a quienes pasaban por las regiones de Stavropol, Krasnodar, Rostov, Volgograd, Astrakán y Saratov. Allí también se les proporcionaba alimentos, artículos de aseo y botiquines. Además, se impartió formación a representantes de las secciones locales de la Cruz Roja para que prestaran asistencia psicológica a las personas traumatizadas por el conflicto.

Federación para quienes ha vuelto a Rusia tras el derrumbe de la Unión Soviética.

Los chechenos que permanecen en Ingushetia de momento no parecen tener prisa en volver. Algunas familias envían de vez en cuando a uno de sus miembros para ver lo que ha pasado con su casa, pero el temor y la incertidumbre siguen siendo demasiado grandes como para correr el riesgo de retornar al hogar. Es evidente que para las organizaciones humanitarias que trabajan en la región, el verdadero reto recién comenzará cuando desaparezca este temor.

Un futuro difícil

De una manera u otra, habrá que prestar ayuda a esta república devastada. Por ahora, los empleados locales de la oficina de Grozny, replegados en Nazran, han iniciado las primeras misiones de evaluación en Chechenia. Se trata de un primer paso pero urge establecer un programa de asistencia y de rehabilitación que tenga en cuenta los imperativos de seguridad dictados por la amarga experiencia de estos tres últimos años. El problema reside en que la situación dramática que vive la población civil en Chechenia y la notoriedad que le han dado los medios de comunicación han vuelto a despertar el



interés de numerosas organizaciones humanitarias y donantes por esta región. A pesar del peligro, todos quieren ayudar a las víctimas y se corre el riesgo de que ese afán desemboque en otras tragedias. Por el momento se han reanudado el programa de enfermeras a domicilio y el programa de panaderías.

Habida cuenta de todas estas cuestiones de seguridad, es muy probable que el equipo de delegados expatriados

del CICR siga siendo reducido en el Cáucaso septentrional y que a pesar de sus reticencias y de sus esperanzas, los empleados locales tengan que seguir asumiendo arduas tareas. Al terminar una entrevista, uno de ellos exclamó: “De todas maneras, seguiremos. Al fin y al cabo, es nuestro país, no el suyo”.

Erik Reumann

Delegado de información del CICR en Moscú.

La distribución de raciones de alimentos y estuches de aseo forma parte de los programas de bienestar social de las secciones locales de la Cruz Roja Rusa.



FOTO: UNICEF / S. V. / S. V.